

# LA PANDILLA CLIK

## EL CASO DEL ROBOT HIPNOTIZADOR

Incluye  
juegos, actividades  
e inventos de  
**Leonardo Da Vinci**



**edebé**



© Innovant Publishing, s.l.u. - Dospuntos, s.l.u., 2014  
[www.innova-nt.com](http://www.innova-nt.com) / [www.dospuntos.eu](http://www.dospuntos.eu)

Equipo: Xavier Ferreres (dirección proyecto), Javier Soler y Pablo Montañez (dirección creativa), Óscar Fernández (ilustración), Alejandra Vidal Melero (textos) y Esteban Ratti (coloreado).

© de la edición EDEBÉ. 2014  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
[www.edebe.com](http://www.edebe.com)

Atención al cliente 902 44 44 41  
[contacta@edebe.net](mailto:contacta@edebe.net)

Primera edición, septiembre de 2014

ISBN 978-84-683-1278-1  
Depósito legal: B. 13805-2014  
Impreso en España  
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 05).





EL CASO  
DEL ROBOT  
HIPNOTIZADOR

**edebé**

# UNA MAÑANA AGITADA



aya lío de cajas en el salón! Ya se sabe que las mudanzas son siempre así, un poco desastre, pero esa mañana estaba siendo especialmente caótica en la nueva casa de la abuela Margaret, en Hills Town. Kyra, deportista como es, no paraba quieta, de un lado a otro dando golpecitos a su pelota de voleibol. Del salón a la cocina, de la cocina al salón...

—¡Te quieres acabar la leche de una vez! —le dijo la abuela, un poco enfadada, mientras sacaba cuidadosamente la vajilla de porcelana de una de las cajas.

—Me la acabo en un santiamén, abuela —contestó Kyra, dando el último sorbo a su tazón rosa—. Ayer me apunté a la competición de voleibol del festival y dentro de media hora empieza el primer partido, así que tenemos que darnos prisa, ¿verdad, Dani? —exclamó mirando a la estantería que estaba al fondo de la habitación.







De repente, asomó una despeinada cabeza de detrás del mueble. Era Dani, que estaba revisando sus cajones, probablemente en busca de algo para su interminable colección de «cosas que algún día me pueden servir para algo». No podía evitarlo, sus bolsillos siempre estaban repletos de los pequeños tesoros que iba encontrando.

—Ya va, ya va —le respondió sin mucha convicción a su hermana, que estaba haciendo calentamientos frente a la puerta de salida.

La señora Margaret se acababa de mudar a Hills Town y sus nietos, Kyra y Dani, habían llegado el día anterior de la ciudad a pasar unos días con ella para ayudarla a vaciar las cajas y ordenarlo todo. Pero eso de «ayudarla» parecía haberse quedado en el olvido, porque lo cierto era que el festival, que se organizaba aquel fin de semana en

el pueblo, llamaba más la atención a los niños que cualquier labor doméstica.

Dani tenía 7 años y era un chico muy tranquilo que, además de no ser amigo de las prisas, podía perder absolutamente la noción del tiempo cuando se trababa de encontrar nuevas piezas para su peculiar colección.







—A ver —repasó—. En el bolsillo derecho tengo una minilinterna y dos chapas de refresco sin premio; en el izquierdo, un tapón de corcho, una lupa y dos botones; en el trasero, un tornillo, dos clips y una tirita vieja. ¡Todo en orden! —concluyó.



—¿Listo? —le preguntó Kyra, que, con el balón en la mano y los leotardos de rayas, no podía estar más preparada para «demoler» a sus adversarias en el partido que iba a celebrarse. Al contrario que su hermano, la niña, dos años mayor que él, era un auténtico torbellino y le costaba estar en la misma posición más de 5 segundos. Aunque con estilos diferentes, sí había algo que estos dos hermanos compartían: la fascinación por aprender cosas nuevas. En eso sí que eran muy parecidos.

—¡Que si ya estás listo! —gritó esta vez Kyra un poco malhumorada.





Dani parecía estar pensando en las musarañas en medio del salón, absolutamente ajeno a las prisas de ella.

—¡Sí, sí... ya estoy, ya estoy!

Quién sabe en qué estaría pensando Dani antes de que los gritos de su hermana lo despertaran. Quizás en la bonita lagartija que había visto esa mañana en el jardín, o quizás, en la manera de entretenerse durante el partido de Kyra. La verdad es que Dani y los deportes no eran muy amigos, pero una hermana es una hermana y quería estar presente para alentarla.

—¡Adiós, abuela! —se despidieron los hermanos.

—Adiós, chicos, pasadlo bien y ¡no lleguéis tarde a comer!

—les respondió la señora Margaret.

Los niños salieron al jardín y se montaron en sus bicicletas, transporte indispensable en Hills Town, el pueblo de las siete colinas. Las calles de la nueva residencia de su abuela eran interminables cuestas que subían y bajaban, y esa mañana Kyra estaba dispuesta a recorrerlas velozmente para llegar a su anhelado partido. Pedaleando, su bici parecía volar sobre el camino. Estaba contenta, hacía un tiempo estupendo y se sentía en plena forma. Detrás de ella iba Dani tratando de seguirle el ritmo y sudando la gota gorda. «¿De dónde sacará tanta energía esta chica?», pensó.



—¡Uf! —resopló—. No puedo más. ¡Dame un respiro!

Kyra frenó en seco al escuchar a su hermano, miró hacia atrás con desdén y gritó:

—¡Vamos, Dani, que llegaremos tarde!





Y tenía razón, llegarían tarde. Pero no por la lentitud de su hermano, sino por lo que estaba a punto de ocurrir dentro de tres segundos para ser exactos. Dos..., uno...

